

Fuése oculto allí el perjuro.....  
¡Año aciago, año fatal!  
Voz ninguna las entrañas  
Del traïdor pudo ablandar.

Allá va, boga que boga.....  
Allá el pérfido, allá va.....  
La Torcaz llora y se muere  
En la orilla de la mar.

## EL CIPRÉS

Si por mi tumba pasas un día  
Y amante evocas el alma mía,  
Verás un ave sobre un ciprés :  
Habla con ella, que mi alma es.

Si tú me nombras, si tú me llamas,  
Si allí repites que así me amas,  
Da oído al viento dentro el ciprés :  
Y con él habla, que mi alma es.

Pero si esclava ya de otro dueño,  
Turbas é insultas mi último sueño,  
Guárdate, ingrata, de ir al ciprés :  
Huye su sombra, que mi alma es.

Huye del ave, huye del viento,  
De toda forma, de todo acento.....  
Pero es en vano : do quier estés  
Verás la sombra de ese ciprés.

## JOSÉ ANTONIO MAITIN

Nació en Puerto Cabello en 1792.

La vida pública de Maitin está exenta de peripecias. Poeta lirico de primer órden, admirado y amado por sus compatriotas, adquirió bien pronto fama en el continente americano.

Maitin es un poeta correcto, armonioso; sus versos son gratos al oído como los trinos del ruiseñor, sus estrofas bien cortadas están siempre vestidas con las galas intertropicales, sin estar recargadas de adornos : el buen gusto y el buen sentido dominan en todas sus composiciones líricas. Existe una hermosa coleccion de sus poesias, publicada en Caracas, en 1851.

Maitin rindió culto al amor, á la amistad, á la gloria; pero al poco tiempo vió caer derribados, junto con sus aras, todos esos ídolos que habia tomado por verdaderos dioses. Halló que las mujeres eran falsas, los hombres impostores, la gloria un triunfo insulso. Á las risueñas ilusiones sucedió el amargo desencanto. El mundo perdió para él todo su prestigio, la sociedad todo su atractivo. Despues de tales contratiempos, la amargura llegó á ser crónica en el alma de Maitin.

Estaba condenado á hallar la desgracia en todas partes.

## UN CONVENTO DE MONJAS

Tiernas, humildes, tristes peregrinas  
Que oculta al mundo ese manchado muro,  
Cual fantasmas que vagan entre ruinas  
De gótico castillo, ancho y oscuro.

Solas, marchitas, olvidadas flores  
Con que su suelo el mundo coronaba,  
¿Qué se hicieron la aroma y los colores  
Con que el vívido sol os matizaba?

Perdisteis la apariencia seductora  
Que el arte daba á vuestro rostro bello,  
Y cayó de la frente encantadora  
El luengo, ondeante y virginal cabello.

Cubre la blanca y candorosa frente,  
Aspera, dura y penitente toca,  
Y besa silenciosa y reverente,  
La tierra impura la inocente boca.

Decid, ¿os basta, humildes prisioneras,  
La religion sublime, encantadora,  
Con sus puras, suavísimas quimeras,  
Y con su dulce voz consoladora?

Quando en las sombras de la noche oscura  
Los párpados cerrais al sueño blando,  
¿No llena el aire de fragancia pura  
De ángeles mil el luminoso bando?

Decid, cuando en el coro congregadas,  
En esa tosca cruz veis á Dios fijo,  
¿Entre nubes suavísimas, rosadas,  
No baja el padre á consolar al hijo?

¿No sentis una voz, dulce, lejana,  
Que llena la ancha y celestial mansion?  
¿No percibis la música liviana  
Del arpa melodiosa de Sion?

Quando en lóbrega noche y silenciosa  
Tocan esas campanas á maitines,  
¿No bajan en comparsa misteriosa  
Sobre el altar los blancos serafines?

Decid, ¿qué siente el corazón instable  
En ese igual, eterno cautiverio?  
Romped el velo espeso, impenetrable,  
Que llena vuestra vida de misterio.

Rompedle y pueda mi mirada ansiosa  
Penetrar en la noche que os rodea,  
Y traspasar la venda nebulosa  
Que os vela al mundo porque nadie os vea.

Rompedle, si, rompedle, que me angustia  
Esa oscura prision y me amedrenta,  
Y vuestra frente cabizbaja y mustia  
La cifra del pesar me representa.

¿Qué dice ese silencio pavoroso,  
Ese muro macizo y enrejado,  
Ese enclaustrado tétrico, espantoso,  
Que el espíritu turba acongojado?

¿Qué dice ese gemido que tremendo  
Por el templo circula, hondo, profundo,  
Y el claustro asorda con medroso estruendo  
Como la última voz de un moribundo?

Ilusiones, adios. Adios contento;  
Adios cadenas del placer doradas;  
Sacrificó todo el juramento  
Hecho al Eterno ante el altar postradas.

No hay una madre que amorosa venga  
A besar vuestra frente delirante,  
Y que la llama lánguida mantenga  
De vuestra fé dudosa y vacilante.

No tenéis un esposo enamorado  
A cuyo blando y cariñoso acento  
Del corazón se borre alborozado  
Dios con su altar, las tocas y el convento.

Que santamente crueles habeis hecho  
La promesa fatal y rigurosa  
De no habitar en el paterno techo,  
De dejar una madre cariñosa.

¿Y cuando á vuestra celda solitaria  
Llegan los sonos del mundano ruido,  
No rompe vuestra mística plegaria  
Algun recuerdo de un placer perdido?

¿Qué os dice al corazón ese tumulto  
En que el mundo se embriaga en su contento,  
Esa pujante voz que vuestro culto  
Daña con torpe y mundanal acento?

¿Qué os dice al corazón la turba insana  
Que asorda el templo con mundano son?  
El esplendor que la altivez humana  
Ostenta allí ¿qué os dice al corazón?

¿Cuando al cerrarse las enormes puertas  
De la ancha iglesia en oración quedais,  
En vuestras celdas lóbregas, desiertas,  
Ese mundo perdido no llorais?

¿No vagais por el claustro silencioso  
Como sombras proscritas, segregadas,  
Que el ofendido mundo, rencoroso,  
En oscuro rincón dejó olvidadas?

¿Alguna maldición horrible, impura,  
No lanza el corazón?..... Perdon, Dios mío:

Perdona de mi labio la impostura  
Y de mi entendimiento el extravío.

Perdona los delirios de una mente  
Que el bien buscando en el mundano ruido  
Y hallando un anatema en cada frente,  
En cada labio un impostor sonido;

Que hallando abiertos en el mundo externo  
Tras cada bien mentido hondos abismos,  
El mismo afán, desesperante, eterno,  
Pensó encontrar en tus altares mismos;

Que en cada punto de la tierra hallando  
De las pasiones la mortal gangrena,  
Juzgó que en guerra estaban ó triunfando  
Bajo el tosco sayal que las condena.

¡Perdon! y en ese virginal concierto  
Que al cielo elevan las mujeres santas,  
Irá también mi corazón incierto  
A humillarse de Dios ante las plantas.

Perdonad, cándidos séres,  
Mi pensamiento profano;  
Me han dicho, castas mujeres,  
Que en vuestros santos deberes  
Se encierra un bien soberano.

Me han dicho que entre los velos  
De esas cárceles oscuras  
No os alcanzan los desvelos,  
La agitación, ni los celos  
De las pasiones impuras.

Me han dicho que el maldiciente,  
Que el abortado mundo  
El pecho os turba inocente,  
Como de alma impenitente  
El estertor moribundo.

Me han dicho, castas mujeres,  
Que al son de las oraciones  
Y los santos misereres,  
Os visitan blancos séres  
Y celestiales visiones.

Y sé cuanta es la ventura  
De quien suspira escondido;  
Que no probó la amargura,  
Ni lo irritó la impostura  
De un corazón fermentado.

Yo sé cuanto es el encanto  
De una lágrima piadosa  
Vertida en el templo santo,

Y que cuando cesa el llanto  
Queda el ánima gozosa.

Yo sé que en recogimiento  
Vuestro cántico de amor  
En alas sube del viento,  
Y cruzando el firmamento  
Llega al trono del Señor.

Sé que el gemido que lanza  
El pecho entre sinsabores  
Vuestro espíritu descansa,  
Porque allí está la esperanza  
Donde están vuestros dolores.

Sé que sois blancas palomas  
Que sobre el altar sagrado  
Quemais fragantes aromas  
En riquísimas redomas  
De oro puro acrisolado.

Sois las flores inmortales  
Que en el jardín de los cielos  
No sufrís los temporales,  
Ni los recios vendabales,  
Ni el huracán, ni los hielos.

Sois las cándidas visiones  
De los ensueños de un niño  
Cuando alzáis los corazones,  
Del Señor de las naciones  
Hasta los tronos de armiño.

Sois las sombras invisibles

De los espíritus santos  
Que en coros vagan movibles  
Y las auras apacibles,  
Extremecen con sus cantos.

Sois ángeles candorosos  
Cuyas alas desplegadas  
Por los aires vagarosos  
Forman doseles pomposos  
A las vírgenes sagradas.

¡Oh! perdonad, santos seres,  
Mi pensamiento profano.  
Yo sé, piadosas mujeres,  
Que en vuestros santos deberes  
Se encierra un bien soberano.

Entonad cantos sagrados,  
Y piadosas oraciones  
Por los hombres desdichados:  
No nos dejéis entregados  
A nuestras viles pasiones.

Que yo pienso que hay un dueño  
Que nos prepara inmortal  
Un porvenir más risueño,  
Vida de amor y de ensueño  
Fantástico y celestial.

Que si vive solo un día  
El hombre y encuentra luego  
Una eternidad vacía,  
¡Vive Dios! que una ironía  
Fuera la vida y un juego.

## EL TIEMPO

Entra el hombre á la escena de la vida  
Al desgarrar los velos de la nada,  
Noble la frente, altiva la mirada,  
La mente libre, erguida la cerviz:  
Extiende en derredor la vista ansiosa  
Y se lanza al placer entusiasmado:  
Aun no brama para él el cierzo helado;  
Todo es ventura en su ilusión feliz.

De luz avaro, henchido de existencia,  
Es á su corazón estrecho el suelo,  
Y hácia el espacio remontando el vuelo  
Juzga suya la inmensa creación.  
Para él los orbes son que en el espacio  
Girando van en eternal concierto,  
Para él las luces, el vibrar incierto,  
Y el fulgurar de los cometas son.

Para él se agolpa en la eminencia calva  
Ese tropel confuso de vapores  
De donde ve bajar murmuradores

Limpios arroyos entre flores mil:  
Para él descienden ellos destrenzados,  
Levantando sus toldos campesinos  
Por do quiera que tienden cristalinos  
El susurrante y desigual perfil.

Para él derrama su esplendor el día,  
Su luz la luna en la serena noche;  
Para él despliega el nacarado broche  
La virgen flor, señora del veriel;  
Y los vistosos pasajeros bandos  
De los sueltos y libres ruiseñores  
Guardan su melodía, sus colores  
Y sus ricos matices para él.

Para él ostenta el lujo sus primores;  
Para él se elevan templos y palacios;  
Para él cuaja la tierra sus topacios,  
Su esmerado, su diáfano cristal.  
Para él hay cincelados artesones,  
Plumas, sedas, y gasas y perfume,

Y el pebete para él que se consume  
Entre preciadas copas de metal.

Juzga suyo en su sueño mentiroso  
Cuanta pompa y primor ostenta el suelo ;  
El de la blanca aurora tenue velo ;  
El del cielo magnífico dosel ;  
Y es la vida para él, lago que ondula  
Cercado en torno de eternal verdura,  
Y cuya linfa transparente y pura  
Surca; adormido, en plácido bajel.

Mas ¿qué vapor en el confin del cielo  
Cual fatídico espectro se levanta  
Y en confusión medrosa se adelanta,  
Espanto y sombras arrastrando en pos ?  
¿Qué dicen esos densos torbellinos  
Que torvos ruedan por el aire vago ?  
¿Quién nos dará favor contra el estrago  
Que sorda anuncia su gigante voz ?

Crece la confusión, crece el nublado ;  
Medroso apaga su fanal el día ;  
Brama tenaz la tempestad bravía  
Entre círculos densos de vapor.  
Por entre los grotescos precipicios  
Impetuoso el torrente se derrumba,  
Y por los aires cóncavos retumba  
Ronco y violento el rayo abrasador.

Ya no derrama su esplendor el día ;  
Perdió su luna la serena noche ;  
Ya no despliega el nacarado broche  
La virgen flor señora del verjel :  
Y los vistosos pasajeros bandos  
De los sueltos y libres ruiseñores,  
Perdieron su armonía y los colores  
Que juzgó el hombre creados para él.

Pasó la tempestad. En la llanura  
El grito se oye retumbar de guerra,  
Y hace gemir y estremecer la tierra  
Con su estrépito lúgubre el cañón.  
La sangre hermana viértese á torrentes  
Y el hombre iluso, con mejor aviso,  
Ve que lo que él juzgaba un paraíso  
Es un ancho, sangriento pantéon.

Cesó la guerra un punto, y detrás viene  
Disfrazada la muerte en el contagio,  
Que es la guerra frenético presagio  
De hambres, miseria y de viudez fatal.  
Perdió el hombre dorados sus palacios,  
Sus plumas, sedas, gasas y perfume :  
Ya el pebete para él no se consume  
Entre preciadas copas de metal.

¿De qué te vale á tí, rey ó vasallo,  
Que gimes hoy entre mortal dolencia,

Haber vivido ayer en la opulencia  
Con mullidas alfombras á tus piés ?  
Si eres conquistador, ¿de qué te sirve  
La humillación del pueblo conquistado,  
Si al contagio sucumbes olvidado  
De tu caduco orgullo y altivez ?

Si llevaste, monarca victorioso,  
El yugo por do quier con tu bandera,  
¿Por qué la frente inclinas altanera  
En débil gesto y en doliente faz ?  
Ahora tu mano descarnada y seca  
Suelta impotente la imperial corona,  
Y la marchita sien solo ambiciona  
De quieta tumba la solemne paz.

Y eres tú el hombre altivo, presuntuoso,  
Para quien fulguraban las estrellas ?  
¿No ostentaba la luna en medio de ellas  
Sus luces argentadas para tí ?  
¿Quién robó tus alcázares soberbios ?  
¿Quién rompió del festín las copas de oro,  
Y de tu gloria el cántico sonoro,  
Para ponerte con ludibrio aquí ?

Ya no es tuyo en tu sueño mentiroso  
Cuanta pompa y primor ostenta el suelo ;  
No es tuyo ya del refulgente cielo  
El inmenso, magnífico dosel :  
Ni es para tí la vida undoso lago,  
Cercado en torno de eternal verdura,  
Y cuya linfa transparente y pura  
Surcas, dormido, en plácido bajel.

Cesó el festín, la danza voluptuosa ;  
Volaron de la vida los engaños,  
Y el abrumante peso de los años  
Seca y arruga la pulida tez.  
Si no ¿quién deslustró, misero anciano,  
La vivida expresión de tu mirada ?  
¿Quién á tu honda mejilla descarnada  
Arrebató su antigua esplendidez ?

¿Quién arrancó la blonda cabellera  
Que ese desnudo cráneo engalanaba,  
Que en bella profusión se derramaba  
Por la anchurosa espalda varonil ?  
¿Quién marchitó las rosas de tu rostro,  
Y derribó con inclemencia dura  
De esa caduca boca, honda y oscura  
La enana dentadura de marfil ?

¡El Tiempo, el Tiempo!... Lento, silencioso,  
Eterno como Dios é incorruptible,  
Es como Dios tremendo, incomprensible,  
Sin principio, sin medio, sin un fin.  
Él lleva entre los pliegues de su manto  
(No las venganzas de un poder divino),

Los ocultos decretos del destino  
De los mundos al último confin.

Él con la clara luz de lo pasado  
Al hombre instruye, y por igual enseña  
Al que agreste se oculta entre la breña  
Y al culto habitador de la ciudad ;  
Y llevando en sus manos descarnadas  
Encendido el fanal de la experiencia,  
Si nos alumbra el libro de la ciencia,  
Nos desnuda la estéril realidad.

Él despoja con su ala destructora  
Al lirio virginal de su blancura,  
Al cándido azahar de su frescura,  
De su lustre y colores al clavel.  
Él arranca la venda fabulosa,  
Al través de la cual el hombre iluso  
Ve entre un brillante porvenir confuso  
Mil placeres, mil glorias para él.

Él se lleva tras sí nuestros contentos  
Con nuestras ántes dulces esperanzas ;  
Muerte y dolor arrastra en sus mudanzas  
Y con cien penas un placer fugaz ;  
Y cada nuevo sol que alumbra hermoso  
Al estrechar los lindes de la vida,  
Arranca al alma una ilusión querida,  
Deja en el pecho un desengaño mas.

¡El Tiempo, el Tiempo!... Á su fatal contacto  
Se desquician las cúpulas doradas,  
Y las altas techumbres desplomadas  
Á la tierra descienden con fragor.  
Todo es frágil para él, y el hombre vano  
Que de la tierra emperador se llama,  
Arista que en los aires desparrama  
Un débil soplo suyo abrasador.

Solo los orbes que el espacio pueblan  
Sobre sus ejes giran inmortales,  
Sin que aniquile el tiempo esos fanales  
Que allí por siempre colocó el Creador.  
Él respeta en su marcha silenciosa  
La eterna majestad de las estrellas,  
Sin que el rastro ominoso de sus huellas

Su claridad empañe y su esplendor.

« Aquí, les dijo Dios, eternamente  
Giraréis en magnífica armonía. »  
Y luego al hombre : « Vivirás un día  
Para en mis obras adorarme á mi.  
Para mis mundos son esos espacios,  
Do colocarlos plugo al poder mio ;  
La gloria para mí y el poderío ;  
La miseria y la muerte para tí. »

Muramos, pues, pero gocemos ántes  
Si tanta juventud ha de perderse ;  
Si nacer á la luz y disolverse  
Es la ley de los seres eternal.  
Cedamos, pues, al tiempo cual le ceden  
Su luz el día, la noche su fragancia,  
Y su brillo, su aroma y su arrogancia  
El péz, la planta, el águila imperial.

Á mí ¡infeliz! me abrumará su peso ;  
Habré también ; oh vida! de perderte,  
Y el yermador aliento de la muerte  
Del corazón la llama extinguirá.  
Entonces yo, desde la nada oscura,  
No mas veré del sol el rayo hermoso,  
Ni de la luna el carro silencioso  
Cuando el éter azul cruzando va.

No oiré los sonos lúgubres que arranca  
Al arpa de marfil mi plectro de oro,  
Ni de la fuente el murmurar sonoro,  
Ni de las aves la gentil canción.  
No mas veré los ángulos salientes  
De esas enormes rocas desprendidas,  
Bajo cuyas terríficas guaridas  
Iba á buscar la bella inspiración.

Feliz mi sombra entonces, si algun bardo  
De la risueña y virgen Venezuela  
Viene á entonar su blanda cantinela  
Al pié de mi pacífico ataúd.  
Si una corona en mi sepulcro deja,  
Y al débil resplandor del sol que espira,  
Con los acentos turba de su lira  
De mi tumba la fúnebre quietud.

## JEHOVAH

Eterno ser que el Universo animas  
Con tu aliento fecundo y soberano ;  
Que con un leve signo de tu mano  
Á cada mundo asignas un lugar :  
Yo me postro ante tí ; los resplandores  
Que esparces por do quier, sumiso adoro,  
Y de tu inmenso y estrellado coro  
El concierto sublime y singular.

No es en los libros santos del profeta  
Donde tu nombre entero se contiene :  
¡Pobre idioma del hombre que no tiene  
Para nombrarte acento ni expresión !  
Escritos ellos en la lengua escasa  
Que imaginó para entenderse el hombre,  
Busca en vano su voz un signo, un nombre  
Digno del ser que llena la extensión.

No es bajo de la cúpula sonora,  
Pobremente orgullosa, de algún templo,  
Que yo tu gloria y tu poder contemplo,  
Y te descubro en tu esplendor brillar;  
Ni en el estrecho altar que te levanta  
El misero mortal, es que te admiro;  
Sino en los soles fulgidos que miro  
En la celeste bóveda girar.

Solo en el hondo abismo del espacio,  
En ese eterno libro de los cielos,  
Entre el misterio de sus densos velos,  
Tu nombre augusto dejas entrever.  
Te dejas entrever, porque tú sabes  
Que si el pobre mortal tu nombre oyera,  
Á su estruendo gigante se rompiera  
El hilo frágil de su débil ser.

Tú levantas tu sol y tus planetas  
Entre la tierra y tu inmortal morada,  
Y le ocultas al hombre tu mirada  
Que ilumina y fecunda la estension;  
Porque si tu presencia soberana,  
Si un rayo de tus ojos le alcanzara,  
Ciego con tu esplendor, la muerte hallara  
En la súbita luz de tu vision.

Por eso adoro resignado y mudo  
De tu poder los signos esplendentes,  
Tus soles mil que arrojan á torrentes  
Vigor, vida, calor y claridad.  
Y me anonado mas cuando comparo  
La duracion del hombre miserable,  
El sueño falso de su vida instable  
Con tu imperecedera eternidad.

¿De qué me sirve á mí, ser de un instante,  
La antorcha celestial del pensamiento,  
Si al impulso fugaz del manso viento  
Débil, precaria extingue su fulgor?  
¿De qué sirven las vividas pasiones,  
Los raptos delirantes del poeta,  
El blando amor que el corazon inquieta,  
De un pecho jóven adorable error?

Todo cuanto es del hombre, en los abismos  
Del tiempo se consume y aniquila,  
Solo la vasta esfera que rutila  
Eterna durará como su Dios.

### A LA NOCHE

Llega, benigna noche, yo te aguardo;  
Ven, opaca deidad, reina del sueño,  
Que ya del alba el resplandor risueño  
No mas me presta su ilusion falaz.

Porque esos vastos globos inflamados,  
Esos mundos que surcan el espacio,  
Faros son de su espléndido palacio  
Que salieron del caos á su voz.

Por eso me confunde y anonada  
El débil sueño de mi frágil vida:  
Por eso adoro esa vision lucida  
Con que ciñes, Jehovah, tu augusta sien:  
Por eso es que mi amor á tus portentos  
El terrenal disgusto no acabara  
Y si mi vida instable no acabara  
Eterno fuera como yo tambien.

Mas yo debo morir: mi polvo entonces  
No podrá contemplar tus maravillas,  
Ni el mar de luz con que en el éter brillas,  
Ni el trueno tempestuoso que es tu voz.  
Yo debo perecer..... ¡Ay del que viva  
Sin admirar tus bellas creaciones,  
Y lanzado en el mar de las pasiones  
No levanta los ojos á su Dios!

Yo me postro ante tí, porque tu vista  
Sobre este mundo de tinieblas vela:  
Nos das una creencia que consueta,  
Llena toda de amor y caridad:  
Nos das la fé contra la duda impía:  
Al que sufre por tí das la confianza:  
Junto al dolor colocas la esperanza;  
Junto á un penoso fin, la eternidad.

Viste al hombre disperso, infortunado.  
Las heces apurar de la agonía:  
Lloro infeliz, le distes á MARÍA  
Que enjugara su llanto y afliccion.  
Perdió su gracia, y delincuente y torpe  
Fué condenado á un padecer prolijo:  
Tuviste compasion, le diste al HIJO,  
Prenda de paz, de olvido y de perdon.

Si: yo pienso que el soplo de la vida  
Al desprenderse de la tierna madre,  
Volverá al seno celestial del PADRE,  
Fuente de accion, de movimiento y luz.  
Y el alma desde allí, pura, radiante,  
Al brillo de la luna fugitiva,  
Una mirada lanzará furtiva  
Sobre su tumba humilde y tosca cruz.

Porque hasta el hondo corazon inquieto  
Proyecta el sol su luz deslumbradora,  
É iluminando el mal que le devora  
Hace que su inquietud resalte mas.

Ven, pues, oh noche, y llegarán contigo  
Tu dulce paz, tus vagas impresiones,  
Las movibles, fantásticas visiones  
Que errantes vagan en tu opaco tul.  
Arrastra en pos tus fúlgidas estrellas,  
Tu aura fugaz, fragante cual ninguna,  
Tu querida quietud, tu casta luna  
Gloria y honor del firmamento azul.

Vengan contigo tus tranquilas horas,  
La dulce calma de tu sueño amigo;  
Tu sueño, sí, benéfico al mendigo,  
Al oprimido esclavo y al Señor.  
Benigno huésped del alcázar régio  
Y de las pobres chozas olvidadas;  
Mensajero de imágenes doradas  
Que envueltas lleva en mágico sopor.

Si: tu sueño, enal ángel de consuelo,  
Su benigno letargo á nadie esquiva,  
É extiende su sombra compasiva  
Sobre el feliz y el misero mortal.  
Para él no hay distincion. Lleva sus dones  
Á la choza del pobre y al serrallo,  
Nivelar al Señor con el vasallo,  
Es su excelsa mision angelical.

El mendigo infeliz en la alta noche  
Su pena olvida en su quietud bendita.  
Al monarca mirad: ved cual dormita  
Bajo su rico y régio pabellon.  
El sueño á entrambos con su paz nivela;  
Su destino es igual, una es su suerte;  
Entrambos son la imagen de la muerte,  
En su letargo ignoran lo que son.

El uno piensa en su único tesoro,  
Su solo bien, en su constante amigo,  
En su leal perro, *el perro del mendigo*,  
Siempre á su lado vigilante y fiel.  
Sueña tal vez que le acaricia y besa,  
Que le lame los piés, y aun se figura  
Que en pago de su amor y su ternura  
Su escasísimo pan parte con él.

Tal vez piensa el magnate en sus placeres,  
Le ocupa todo su ambicion extrema;  
Fulgurar mira la imperial diadema  
Al vivo resplandor de antorchas mil.  
Oye el son armonioso de la orquesta,  
De la lisonja el susurrar liviano,  
Y ve á sus piés al pueblo cortesano  
Que le tributa adoracion servil.

Mas si turba ¡oh Monarca! tu reposo  
El temor de las negras rebeliones.  
Si el horrible clamor de las traiciones  
Arruga el ceño de tu régia faz,

La oscuridad prefiero en que yo vivo,  
La inquietud vaga de mi pecho incierto,  
Mí mal soñado cuando estoy despierto  
Y de mi sueño la tranquila paz.

Si me forjó quiméricas desdichas  
Que á herirme el corazon vienen traidoras,  
Mil visiones tambien consoladoras  
Del mal expulsan el ideal dolor.  
Placer me dá la noche en mi quebranto  
Con sus lejanos vientos soñadores,  
La luna con sus ténues resplandores,  
Con su fragancia la nocturna flor.

Placer me dan las lóbregas figuras  
Que por do quiera cruzan fugitivas,  
Sombras de horror, fantasmas vengativas  
Que espantan al impuro corazon.  
Pero aun me deleitan, me consuelan,  
Esas ténues quimeras vagorosas,  
Y las movibles sombras misteriosas  
De la alta noche mi embeleso son.

Á mi me dan placer y me consuelan  
Los vapores sutiles del rocío;  
Siento el contacto del ambiente frio  
Que refresca, al pasar, mi ardiente sien.  
Oigo el ruido lejano de las fuentes,  
De la vecina selva la armonía,  
Y en los secretos de la noche pia  
Encuentra mi alma el suspirado bien.

Ven, pues, ¡oh noche! de consuelos llena;  
Yo no apetezco el sol, su luz me ciega:  
Cuando él desde el zénit sus rayos riega  
Mustio, sin voz, me siento fenecer.  
Bajo su ardiente luz del medio dia  
La flor desmaya, el zéfiro enmudece,  
Y el corazon rendido desfallece,  
Torpe la mente, el alma sin poder.

No tú, que vienes como casta virgen,  
Tu mal llorando con extinto acento.  
Yo escucho tus gemidos en el viento  
Y tus suspiros lánguidos de amor.  
En el eco lejano oigo tu llanto:  
Y las lágrimas puras que derramas  
Pendientes miro en las salientes ramas  
Y en el abierto cáliz de la flor.

No tardes, pues. Ya el sol veló su frente  
En pos dejando sanguinosas huellas,  
Ya te miro llegar; miles de estrellas  
Te ciñen y coronan la amplia sien.  
¡Benigna noche! Yo estaré contigo  
Hasta que se hunda tu último lucero.  
Ven, pues, reina del sueño; yo te espero,  
Para mi dicha y mi consuelo ven.